I.

Yo soy un hombre sincero

De donde crece la palma,

Y antes de morirme quiero

Echar mis versos del alma.

Yo vengo de todas partes,

Y hacia todas partes voy:

Arte soy entre las artes,

En los montes, monte soy.

Yo sé los nombres extraños

De las yerbas y las flores,

Y de mortales engaños,

Y de sublimes dolores.

Yo he visto en la noche oscura

Llover sobre mi cabeza

Los rayos de lumbre pura

De la divina belleza

Alas nacer vi en los hombros

De las mujeres hermosas:

Y salir de los escombros

Volando las mariposas.

He visto vivir a un hombre

Con el puñal al costado,

Sin decir jamás el nombre

De aquella que lo ha matado.

Rápida, como un reflejo,

Dos veces vi el alma, dos:

Cuando murió el pobre viejo,

Cuando ella me dijo adiós.

Temblé una vez, - en la reja,

A la entrada de la viña, -

Cuando la bárbara abeja

Picó en la frente a mi niña.

Gocé una vez, de tal suerte

Que gocé cual nunca: - cuando

La sentencia de mi muerte

Leyó el alcalde llorando.

Oigo un suspiro, a través

De las tierras y la mar,

Y no es un suspiro, - es

Que mi hijo va a despertar.

Se dicen que del joyero

Tome la joya mejor,

Tomo a un amigo sincero

Y pongo a un lado el amor.

Yo he visto al águila herida

Volar al azul sereno,

Y morir en su guarida

La víbora del veneno

Yo sé bien que cuando el mundo

Cede, lívido, al descanso,

Sobre el silencio profundo

Murmura el arroyo manso.

Yo he puesto la mano osada,

De horror y júbilo yerta,

Sobre la estrella apagada

Que cayó frente a mi puerta.

Oculto en mi pecho bravo

La pena que me lo hiere:

El hijo de un pueblo esclavo

Vive por él, calla, y muere.

Todo es hermoso y constante,

Todo es música y razón,

Y todo, como el diamante,

Antes que luz es carbón.

Yo sé que el necio se entierra

Con gran lujo y con gran llanto, -

Y que no hay fruta en la tierra

Como la del camposanto.

Callo, y entiendo, y me quito

La pompa del rimador:

Cuelgo de un árbol marchito

Mi muceta de doctor.

V

Si ves un monte de espumas,

Es mi verso lo que ves;

Mi verso es un monte, y es

Un abanico de plumas.

Mi verso es como un puñal

Que por el puño echa flor:

Mi verso es un surtidor

Que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro

Y de un carmín encendido:

Mi verso es un ciervo herido

Que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada:

Mi verso, breve y sincero,

Es del vigor del acero

Con que se funde la espada.

XLVI.

vierte, corazón, tu pena  
donde no se llegue a ver,  
por soberbia, y por no ser  
motivo de pena ajena.

Yo te quiero, verso amigo,  
porque cuando siento el pecho  
ya muy cargado y deshecho,  
parto la carga contigo.

Tú me sufres, tú aposentas  
en tu regazo amoroso,  
todo mi amor doloroso,  
todas mis ansias y afrentas.

Tú, porque yo pueda en calma  
amar y hacer bien, consientes  
en enturbiar tus corrientes  
con cuanto me agobia el alma.

Tú, porque yo cruce fiero  
la tierra, y sin odio, y puro,  
te arrastras, pálido y duro,  
mi amoroso compañero.

Mi vida así se encamina  
al cielo limpia y serena,  
y tú me cargas mi pena  
con tu paciencia divina.

Y porque mi cruel costumbre  
de echarme en ti se desvía  
de tu dichosa armonía  
y natural mansedumbre;

porque mis penas arrojo  
sobre tu seno, y lo azotan,  
y tu corriente alborotan,  
y acá lívido, allá rojo,

blanco allá como la muerte,  
ora arremetes y ruges,  
ora con el peso crujes  
de un dolor más que tú fuerte,

¿habré, como me aconseja  
un corazón mal nacido,  
de dejar en el olvido  
a aquel que nunca me deja?

¡verso, nos hablan de un Dios  
adonde van los difuntos:  
verso, o nos condenan juntos,  
o nos salvamos los dos!